

# NAUFRAGIOS, UN *BEST SELLER* DE 1542

Manuel TRIANO POUSO



AJO el título de *Naufragios* se conoce un libro cuyo título completo es *Relación que dio Alvar Núñez Cabeza de Vaca de lo acaescido en las Indias en la armada donde iba por Gobernador Pánfilo de Narváez*. En él se recoge el relato de las aventuras de una expedición que partió de Sanlúcar de Barrameda el 17 de junio de 1527 con seiscientos hombres en cinco barcos y que fue diezmada por varios temporales en el Caribe y en las costas de Florida, y de la que solamente hubo cuatro supervivientes, que recorrieron a pie, durante 10 años, los 5.000 kilómetros que van desde Florida hasta el golfo de California y luego

hacia el sur, hasta llegar cerca del actual Puerto Vallarta en México, a lo largo de la costa de golfo de México y cruzando posteriormente los desiertos de Nuevo México y Arizona. En el relato se recogen las primeras observaciones sobre las poblaciones indígenas de Norteamérica y aparecen por primera vez en castellano algunas palabras tomadas de las lenguas americanas.

No pretendo escribir un artículo de investigación histórica; solamente quiero resumir la historia de esta epopeya poco conocida y animar a la lectura del original. Para empezar, conviene explicar algo sobre la obra y sus protagonistas.

## **Cabeza de Vaca y sus compañeros**

Se sabe poco de los orígenes de don Álvaro Núñez Cabeza de Vaca. Parece que nació en Jerez de la Frontera, pero Fernández de Oviedo, que lo conoció personalmente, en su *Historia General y Natural de las Indias*, dice que era natural de Sevilla. La fecha de nacimiento es otro dato inconcreto: entre 1490 y 1507, según diferentes autores. En cualquier caso, procedía de familia hidalga y en buena situación económica, y es muy probable que entre esta y los

Medina-Sidonia, con los que estaban relacionados, proporcionaran parte de la financiación de la expedición de Narváez, poniendo como condición que Álvar viajase en calidad de tesorero y alguacil mayor.

Sus compañeros de hazaña fueron Alonso del Castillo, Andrés Dorantes y el Negro Esteban. Alonso del Castillo Maldonado nació en Salamanca hacia 1500, quedó huérfano de padre a los pocos años y desde muy joven mostró gran afición por el juego, lo que trajo a su madre por la calle de la amargura. Tras un fracaso cantado en los estudios universitarios, entró al servicio del arzobispo de Santiago de Compostela, acabando al poco expulsado por su ilustrísima. Cuando su hermano, el licenciado Francisco de Maldonado, fue nombrado oidor de la primera audiencia de México se le metió en la cabeza la idea de pasar a las Indias, y vendió su herencia (y lo que le escamoteó a su hermana Luisa, según consta en el pleito abierto ante la Cancillería de Valladolid) para costearse un puesto de alto funcionario en alguna expedición. Pero como su fama le precedía, solo consiguió alistarse como «capitán de gentes» en la de Narváez.

Por su parte, Andrés Dorantes de Carranza nació en Béjar (Salamanca) y su historia es muy parecida a la de Alonso del Castillo. Al igual que muchos jóvenes de su época trató de buscar fortuna en el Nuevo Mundo y con tal fin se alistó con el grado de capitán en la expedición de Pánfilo de Narváez.

Si se sabe poco de los orígenes de los hidalgos, mucho menos del cuarto protagonista de la aventura: el esclavo Esteban, también llamado *Estebanico*. Era un africano, propiedad de Andrés Dorantes, al que se denomina a menudo como *el Negro* y del que Cabeza de Vaca indica que era «negro alárabe natural de Azamor», con lo que queda la duda de si era originario del pueblo bereber o si era un inmigrante subsahariano. Que yo sepa, fue el primer esclavo africano que pisó el territorio que hoy pertenece a los Estados Unidos. Además, como ya se verá, acabó sus días en esa tierra.

## La obra

*Naufragios* es el resumen de casi 10 años de unos acontecimientos cuyos detalles a veces parecen increíbles. Esto hace pensar que Cabeza de Vaca, como natural de la tierra de María Santísima, recurriese al «andalucismo», es decir, a la exageración. El caso es que a su regreso a España, Cabeza de Vaca elevó a la Real Audiencia del Consejo de Indias un informe oficial para dar cuenta del resultado de la expedición iniciada por Narváez. Lo extraordinario de su hazaña hizo que tuviera cierta notoriedad y que todo el mundo quisiera tener noticia de primera mano. Así que Álvar escribió una versión más popular y un tanto novelada del informe oficial, aunque el contenido es básicamente el mismo, versión que se imprimió en Zamora en 1542. Aunque efectivamente parece que el autor «carga la tinta» en algunos aspectos para

impresionar al lector, lo cierto es que su relato es una narración viva y muy humana, que va dando noticia puntual de los pueblos indígenas con los que se fue encontrando, de sus costumbres y sus características peculiares. Tanta demanda tuvo el libro que se hizo necesario imprimir una segunda edición en Valladolid en 1555.

## El relato

La flota al mando de Narváez se hizo a la mar en Sanlúcar de Barrameda el 17 de junio de 1527, con unos seiscientos hombres en cinco naves. La misión era conquistar y colonizar las provincias que van desde el río de las Palmas (hoy llamado Pánuco) hasta el cabo de Florida. Es decir, una franja costera de más de 2.500 km de longitud que abarca desde Veracruz hasta Florida, incluyendo los actuales estados de Tamaulipas y Nuevo León en México, y los de Texas, Luisiana, Misisipi y Alabama en Estados Unidos.

Tras breves escalas en la isla de Santo Domingo (donde perdió a 140 hombres que desertaron y adquirió un barco más) y en Santiago de Cuba, Narváez fondeó en octubre en el cabo Cruz (al sur de Cuba) y mandó al capitán Pantoja y al propio Cabeza de Vaca que se destacasen con dos barcos al fondeadero de Trinidad, donde un colono le ofrecía aprovisionamiento a buen precio. Aquí sufrieron la primera de las varias tormentas tropicales que sacudieron a la expedición: los dos barcos se perdieron con sesenta personas y veinte caballos. Cabeza de Vaca y otros treinta hombres se salvaron porque habían bajado a tierra, desde donde pudieron contemplar cómo el huracán destruyó el pueblo, las cosechas, el ganado y todas las reservas de alimentos. Tras la tempestad, lo único que encontró de los barcos fueron dos supervivientes arrojados a tierra a 30 millas del fondeadero, varios cadáveres irreconocibles por los golpes contra las rocas y uno de los botes encaramado en lo alto de la copa de un árbol. Algunos días después, cuando llegaron los barcos del gobernador, también muy dañados, los hombres estaban tan asustados que este decidió quedarse allí hasta febrero del año siguiente.

Desde allí, con unos cuatrocientos hombres y ochenta caballos, la expedición se hizo a la mar con la inapreciable ayuda de un piloto local, de nombre Miruelo, recién fichado por suponérsele práctico en aquellas costas, y que tuvo la «habilidad» de varar a toda la flota en los cayos de San Felipe a los pocos días de zarpar. Quince días estuvieron los barcos en seco hasta que una fuerte borrasca provocó una marea que les permitió salir de allí. En las sesenta millas que los separaban del cabo Corrientes sufrieron otros dos temporales que estuvieron a punto de acabar con ellos. Por fin doblaron el cabo San Antonio y pusieron rumbo hacia La Habana donde esperaban reparar y aprovisionar, pero el viento contrario les impidió llegar y empujó a los cuatro barcos hacia el norte, a lo largo de la costa oeste de Florida, pudiendo fondear el

Jueves Santo de 1528, probablemente en el lugar que hoy se conoce como Boca Grande, a la entrada de la bahía de Charlotte. El primero en bajar a tierra fue el contador Alonso Enríquez con unos pocos hombres, que encontró indios amistosos pero atemorizados. Narváez ordenó varias exploraciones tierra adentro, en las que encontraron una tribu que tenía «cajas de mercaderes de Castilla, y en cada una de ellas estaba un cuerpo de un hombre muerto [...] pedazos de lienzo y de paño, y penachos que parecían de la Nueva España», signos inequívocos de que algunos españoles ya habían estado por allí, pero no habían vuelto para contarlos. Mientras tanto, el gobernador mandó un barco que costeara hacia el norte para buscar un puerto que el inefable piloto Maruelo decía conocer, pero que fue incapaz de encontrar.

El gobernador, antes de decidir el plan a seguir, tuvo el buen sentido de consultar a un improvisado consejo, que se dividió en dos bandos: el primero, liderado por fray Juan Suárez y el escribano, opinaba que volver a salir a la mar después de lo sufrido era tentar a Dios; y que lo que había que hacer era abandonar los barcos y continuar la expedición a pie hasta el río de Las Palmas, que según el mentado Miruelo estaba muy cerca de allí (1). El otro bando, encabezado por el propio Cabeza de Vaca, trataba de disuadirlo diciendo que había que continuar explorando por mar, porque no era prudente internarse en el continente sin víveres, sin intérprete, sin mapas y sin el apoyo cercano de los barcos, además de que «los pilotos no andaban cierto, ni se afirmaban en una misma cosa, ni sabían a qué parte estaban». Al final, el gobernador decidió salomónicamente dividir la expedición: los barcos seguirían costearo hacia el norte con dotaciones reducidas, mientras que el grueso de los hombres de armas y funcionarios viajarían por tierra.

La expedición terrestre caminó hacia el norte durante los primeros quince días de mayo comiendo casi exclusivamente palmitos, sin ver poblado alguno, ni casa, ni un solo indio hasta que cruzaron un gran río (2), donde tuvieron que luchar con los indígenas. El hambre y el cansancio forzaron al gobernador a ceder y autorizar a Cabeza de Vaca y Alonso del Castillo para que con cuarenta hombres viajaran río abajo hacia la costa para tratar de contactar con los barcos, al tiempo que el capitán Valenzuela, con otros setenta, deshacía el camino y buscaba los barcos hacia el sur. Todo lo cual se hizo sin éxito, por lo que la expedición siguió a pie hacia el norte.

El día 25 de junio llegaron a la región de los indios apalaches, donde se detuvieron durante varias semanas. Aquí comienza Cabeza de Vaca a entretener su relato con descripciones de los nativos, de sus costumbres, así como de la geografía, fauna y flora de la región. Como los indios les preparaban conti-

---

(1) Esto indica lo desorientado que se encontraba Miruelo. Pensaba que estaban a 10 o 15 leguas del río Pánuco, en México, cuando en realidad estaban a casi 900 millas por ortodrómica y más de 1300 costearo.

(2) Probablemente el Withlacoochee.

nuas trampas y les atacaban a base de emboscadas, el gobernador decidió volverse hacia la mar, atravesando lagos y pantanos. Finalmente, alcanzaron la costa en la desembocadura del río Alabama, con la mayor parte de los hombres bajo los efectos de una epidemia de fiebres desconocidas que no sabían cómo tratar. Aquí se produjeron las deserciones de algunos que trataron de encontrar su propio camino, sin que se volviera a saber de ellos. El resto, alimentados con la carne de los caballos que sacrificaban de vez en cuando, y con el maíz y los frijoles que obtenían en sus asaltos a las aldeas indígenas, se pusieron a la tarea de construir cinco barcas de veintidós codos cada una (unos nueve metros), calafateadas con hojas de palmito y resina de pino tostada y aparejadas con jarcia tejida con las mismas hojas de palmito, jirones de ropa y crines de caballo, que estuvieron finalizadas el 20 de septiembre. Durante este tiempo perdieron cuarenta hombres, que murieron de enfermedad y hambre, además de otros diez por los ataques de los indios.

El 22 de septiembre, coincidiendo con el sacrificio del último caballo, los doscientos cuarenta y dos supervivientes de la expedición se hicieron a la mar en las precarias embarcaciones, para llegar, tras siete días de navegación, al delta del Misisipi. Así siguieron otro mes más, explorando las bocas de aquel río, faltos de víveres y agua potable, hasta que finalmente encontraron un poblado de indios aparentemente amistosos, que les ofrecieron agua y comida. Tras el banquete, los indios les atacaron por sorpresa y tuvieron que volver a refugiarse en los botes. Pero tampoco podían hacerse a la mar por un nuevo temporal que ya se había formado, así que durante tres días estuvieron fondeados cerca de la orilla, resistiendo ataques intermitentes al tiempo que soportaban los embates del temporal. Una leve mejoría del tiempo les permitió escapar hacia la mar y seguir costeano la desembocadura del Misisipi, pero a costa de luchar a fuerza de remo contra la corriente del río y el viento terral. Finalmente el gobernador, tras perder a dos de los botes, autorizó a los tres que quedaban a maniobrar con independencia, porque «ya no es tiempo de mandar unos a otros; que cada uno hiciese lo que mejor le pareciese que era para salvar la vida», así que las tres embarcaciones se separaron.

El 6 de noviembre, a punto de morir de hambre, sed y debilidad, una corriente caprichosa acercó el bote de Cabeza de Vaca a la costa, pero al tratar de desembarcar una ola los zarandó y depositó violentamente a varios metros de la orilla, en una isla que fue bautizada como Mal Hado (3). La buena noticia fue que allí encontraron por primera vez indios verdaderamente amistosos que les proporcionaron alimentos y agua. Días después, algo recuperadas las fuerzas y bien abastecidos, decidieron volver a salir a la mar. Pero a un centenar de metros de la orilla, al tratar de pasar las rompientes, la precaria barca naufragó, llevándose al fondo a tres de los expedicionarios.

---

(3) Probablemente la isla de Galveston.

Refugiados en la aldea de los indios, estos le hicieron saber por señas que cerca de allí había otros hombres como ellos, que resultaron ser los capitanes Andrés Dorantes y Alonso del Castillo y los cuarenta y ocho hombres que el gobernador había puesto bajo su mando, quienes contaron cómo pocos días antes su embarcación también había naufragado a poca distancia de allí. Puesto Cabeza de Vaca al mando de los supervivientes (poco más de 80 en total), como seguían erróneamente suponiendo que el río Pánuco estaba muy cerca, mandó cuatro voluntarios a buscar la meta de la expedición, mientras los demás acampaban allí. Los exploradores nunca volvieron. Durante aquel invierno, que fue especialmente duro y de gran hambruna, murió la mayoría y se produjeron algunos episodios de canibalismo entre cristianos, de lo cual se escandalizaron tanto los españoles como los nativos. Al final del invierno solamente quedaban quince españoles de los seiscientos que habían salido de la Península diez meses antes.

En abril de 1528, Alonso del Castillo abandonó la isla y pasó a tierra firme, al mando de otros once hombres, dejando a Cabeza de Vaca y a otros dos enfermos al cuidado de los indígenas. Una vez recuperado, Cabeza de Vaca se convirtió en comerciante e intermediario entre los indios caravaucas que lo habían acogido y otras tribus vecinas con las que estaban en guerra, traficando con pieles, tintes, pedernales, puntas de flechas y conchas de mar. Y así vivió durante seis años, sin tener noticias de sus compañeros hasta que, junto con el otro único español que quedaba allí, de nombre Lope de Oviedo, emprendió viaje hacia el oeste, cruzando los ríos Brazos, Colorado y Grande, cada vez más lejos de la costa. Allí los indios mayeye les dieron noticias de que del grupo de Dorantes y Castillo solo habían sobrevivido tres (4), que eran esclavos de una tribu vecina. A Lope de Oviedo aquello le dio mala espina y decidió volverse para quedarse a vivir con los amistosos caravaucas. Cabeza de Vaca, en cambio, aceptó la esclavitud para poder reunirse con sus compañeros. Castillo y Dorantes le relataron cómo habían encontrado los restos del naufragio de la embarcación del gobernador y de otra más que llevaba al contador y a los frailes dominicos, así como las noticias que tenían de otros españoles que habían muerto o desaparecido.

Un año tardaron los cuatro en encontrar la ocasión propicia para escapar y alcanzar una de las aldeas de la tribu toncava, a los que conocían por tener tratos con sus antiguos captores, y que parecían pacíficos y buenas personas. Y, en efecto, los recibieron amistosamente. Además, la misma noche de su llegada, Alonso del Castillo rezó unas oraciones haciendo la señal de la Cruz sobre unos indios enfermos, y como estos sanaron rápidamente, los españoles ganaron tanta consideración a la vista de los nativos que los agasajaron con

---

(4) El tercero era el Negro Esteban.

carne asada, manjar del que ya ni se acordaban (5). Estas curaciones les dieron fama entre las tribus de los alrededores, que los llamaban para sanar a sus enfermos. Cabeza de Vaca relata cómo incluso ¡resucitaron a un muerto!, aunque atribuye el mérito a la Divina Misericordia. Tras ocho meses «ejerciendo la medicina» entre estas tribus, la permanente hambruna y los sacrificios los impulsaron a seguir camino hacia el noroeste, hasta un río «tan ancho como el de Sevilla», precedidos por su fama de sanadores. Luego, acompañados por guías shoshones y seguidos por un cortejo de admiradores que los consideraban seres divinos, comenzaron a ascender las estribaciones de las Montañas Rocosas. Así llegaron a los primeros poblados estables con casas construidas de adobe y madera, habitadas por cazadores de bisontes y venados. Estos les informaron de que hacia poniente, tras ocho días de travesía por las montañas y otros tantos por desiertos, donde no encontrarían alimento ni agua, llegarían a valles fértiles donde se cultivaba maíz; en cambio, hacia el norte encontrarían las praderas donde se cazaban los bisontes. Los españoles, convencidos de que hacia el oeste estarían sus compatriotas, eligieron el camino del desierto. Treinta y cuatro días tardaron en alcanzar la región de los indios pueblo y mesa (6), que los recibieron como enviados del cielo. Allí encontraron a algunos aborígenes que llevaban como adornos talabartes y clavos de herradura que procedían de hombres blancos y barbudos, armados con lanzas y espadas, que habían venido desde el sur montados a caballo. Esta noticia les animó a acelerar su marcha a lo largo de la costa. A los pocos días, cerca de Cualiacán, encontraron un destacamento de caballería al mando del capitán Diego de Alcaraz, que los condujo hasta Compostela de Indias, capital del territorio de Nueva Galicia, donde se presentaron ante el alcalde mayor y gobernador, Melchor Díaz.

## Epílogo

Al final de la aventura Alonso del Castillo, arruinado y avejentado, se dedicó a escribir desde Nueva España una serie de cartas tratando de obtener un cargo de corregidor o de juez como recompensa por lo sufrido. En 1538 se casó con Leonor de Castañeda, «mujer viuda y muy moza y hermosa y de lo que hay en estas partes lo mejor, a lo menos de buena fama, que no es poco para acá», y además rica, puesto que había heredado de su primer marido una encomienda consistente en la mitad del municipio de Teguacán. Pero cuando Leonor perdió sus rentas a favor de los hijos habidos en el primer matrimonio,

---

(5) Los toncava eran cazadores, a diferencia de las tribus anteriores, que eran recolectores. Los protagonistas llevaban varios años comiendo casi exclusivamente fruta, maíz y ocasionalmente algo de pescado.

(6) Arizona y Sonora.

Alonso decidió reclamar para sí la otra mitad de la encomienda que pertenecía a la Corona, petición que a su juicio estaba plenamente justificada porque «mis trabajos me darían osadía para pedir más que esto y Su Majestad descargará su real conciencia en darme de comer, pues si tuvo Dios especial memoria de me hacer mercedes y sacar de tanto trabajo, justo es que para lo que me queda de vida Su Majestad me diese de comer conforme a lo padecido». Finalmente consiguió recuperar en nombre de su mujer la cuarta parte de la encomienda. Andrés Dorantes recibió una propuesta del virrey de Nueva España para acompañarle en una nueva expedición a los territorios que habían visitado para encontrar las míticas «Siete Ciudades de Cíbola», pero aquel declinó el ofrecimiento, recomendando a su esclavo Estebanico como guía en el viaje. El caso es que Dorantes había concebido el proyecto de regresar a los lugares que habían descubierto pero no como guía, sino con licencia real para colonizar y gobernar las tierras descubiertas, para lo cual se embarcó rumbo a España. Pero a los pocos días de partir las averías del barco que lo llevaba lo hicieron regresar a Nueva España, donde se quedó. Al igual que su compañero, se casó con una rica viuda, heredera de las encomiendas de Asala y Jalazintgo. Y al morir esta, se casó con otra viuda de buena fortuna. Tuvo 14 hijos reconocidos en Nueva España. Murió en alrededor de 1550.

Por su parte, Estebanico viajó como guía en la nueva expedición al continente. Según algunas versiones, murió en lo que hoy es Nuevo México a manos de los indios zuñi, que desconfiaron de él y le acusaron de haberse tomado ciertas libertades con sus mujeres. Otra teoría dice que Estebanico no murió en esa ocasión, sino que, confabulado con sus amigos indígenas, inventó toda la historia de su muerte para de esta forma lograr su libertad.

Núñez Cabeza de Vaca regresó a España, y años más tarde, en 1540, aún tenía ánimos y patrimonio familiar suficientes como para costear otra expedición, esta vez al Río de la Plata, territorio del que fue nombrado gobernador, adelantado y capitán general. Este viaje tenía como misión socorrer a los supervivientes de la expedición de Pedro de Mendoza y restablecer la autoridad real sobre el territorio del actual Paraguay, para lo cual tuvieron que internarse a lo largo del río Paraná, llegando hasta las cataratas de Iguazú. Más tarde, Cabeza de Vaca sufrió una rebelión de los colonos que lo apresaron y lo mandaron a España con una buena colección de pruebas acusadoras que lo mantuvieron en prisión ocho años. Finalmente fue excarcelado y debió de ser rehabilitado, puesto que se le nombró juez del Tribunal Supremo de Sevilla, cargo en el que murió allá por 1564.

#### BIBLIOGRAFÍA

- NÚÑEZ CABEZA DE VACA, Álvaro: *Naufragios*. Ed. Historia 16 (1984), y en *elaleph.com* ([www.sisabianovenia.com](http://www.sisabianovenia.com)).  
 FERRANDO, R.: «Introducción y notas a los *Naufragios*», *Cambio 16* (1992).  
 MARTÍNEZ MARTÍNEZ, María del Carmen: *Cartas de Alonso del Castillo Maldonado desde México*. Universidad de Valladolid (2002).